

## ARTICULOS

# LA COOPERACION IBEROAMERICANA A LA PAZ EN CENTROAMERICA

Ignacio Ellacuría

### RESUMEN

*Este trabajo es una ponencia presentada al Congreso "Iberoamérica. Encuentro en la Democracia" tenido en Madrid durante los días 26 al 30 de abril de 1983. A la reunión organizada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana de España asistieron políticos importantes —entre ellos seis expresidentes de naciones latinoamericanas—, connotados intelectuales —entre ellos García Márquez, Galeano, Roa Bastos, Rulfo, Sábato, Bunge, Laín Entralgo— y también hombres de ciencia. Esta ponencia se discutió en la mesa cultural. En ella se subrayan ante todo algunas de las características de lo que es la falta de paz en Centroamérica para, en una segunda parte, proponer la posible contribución de la comunidad iberoamericana de pueblos al logro de la paz. Se enfoca el problema desde una perspectiva cultural, a sabiendas que en ese problema de tanto alcance económico y político está en juego el ser mismo de nuestros pueblos, su manera de autocomprenderse y de autorrealizarse. No es, pues, una perspectiva culturalista, sino una perspectiva integradora que apunta a una nueva civilización de la pobreza, que sobrepase el fracaso de lo que ha sido la civilización de la riqueza no sólo para nuestros pueblos, sino para la inmensa mayor parte de los pueblos del mundo.*

Cuando se habla de "cooperación iberoamericana" se tienen presentes por lo general acciones sectoriales de tipo económico y cultural. Cuando entra de por medio algo que puede considerarse estrictamente político se retrae la "cooperación iberoamericana" con el pretexto de que pudiera convertirse en injerencia en asuntos internos y así suscitar tensiones y divisiones que lleven a disgregar la unidad de los pueblos iberoamericanos. Predominan entonces razones de Estado sobre razones de humanidad, predomi-

nan razones pragmáticas sobre razones altruistas, con lo cual no sólo se deja de hacer un bien necesario y posible, sino que la misma noción de cooperación iberoamericana se autocensura y autolimita, quedando reducida a una de tantas ayudas internacionales sin aliento ético y sin carga histórica.

En esta ponencia quiere subrayarse que un tema como el de "la paz en Centroamérica" puede iluminar lo que debería ser en algunos casos tarea prioritaria de la "cooperación ibero-

americana" y lo que a su vez ésta debería hacer por contribuir a encontrar solución a un tema de excepcional gravedad, como es el de "la paz en Centroamérica". Es un problema en el que tal vez han de intervenir los Estados, pero es también un problema en el que ha de intervenir la comunidad iberoamericana, que es una comunidad de pueblos y naciones antes que una alianza de Estados, que por cierto no se da ni tal vez pueda darse. Como quiera que sea no es este problema exclusiva ni principalmente cosa de los Estados, sino cosa de los pueblos, cosa de los hombres, cosa de los grupos sociales.

Quisiera, por tanto, analizar primero qué es esto de "la paz en Centroamérica" para estudiar después qué puede ser la "cooperación iberoamericana" referida a aquella. Con lo cual se pretende entrar más a fondo en la comprensión del problema que afecta a Centroamérica y se pretende buscar un modo de dinamizar su solución así como la de la propia "cooperación iberoamericana". Se trata con ello de hacer política con la cultura y sobre todo de hacer cultura con la política; de hacer, en efecto, que las fuerzas sociales transnacionales, unidas racial y cultural-

mente, "cultiven" esas tierras difíciles pero féculdas que son nuestros pueblos a sabiendas que esa "cultura" pluriforme pueda dar paso a nuevas formas de vida, a nuevas formas de humanidad.

### 1. La paz en Centroamérica

"La paz en Centroamérica" es, por lo menos para los pueblos iberoamericanos, uno de los temas mayores de nuestra realidad actual. Al parecer lo es también para las grandes potencias, especialmente para Estados Unidos, que ha hecho del caso uno de los puntos claves de su política mundial. Lo es también para la opinión pública occidental como se refleja en los medios de comunicación social más importantes y en la presencia a veces multitudinaria de periodistas en el área. Lo es también para movimientos políticos transnacionales como la Internacional Socialista o la Internacional Demócrata Cristiana y para instituciones religiosas como la Iglesia católica, que en los últimos meses puso de relieve su preocupación con el viaje de Juan Pablo II.



¿Por qué se atribuye tal importancia a una región que tiene sin duda su importancia estratégica como traspatio de la seguridad norteamericana y como vía de circulación para la industria estadounidense, pero cuya extensión territorial, sus recursos naturales —excluido el de su posición geográfica—, su capacidad de mercado son muy reducidos? ¿Es que en Centroamérica está en juego la paz mundial o el punto decisivo para la superación de la crisis económica? Evidentemente, no. Hay que buscar razones peculiares que expliquen de algún modo la atención insólita y desproporcionada en apariencia que se está prestando al istmo centroamericano y más especialmente a ese cuadrilátero de naciones que constituyen Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. Cosas muy hondas, universales y trascendentes deben estar en juego, cuando países tan pequeños ponen en marcha intereses tan llamativos.

Y es que en Centroamérica no falta sencillamente la paz. Esta ausencia de paz se da en otras regiones con mayor significación para la paz mundial y para el desarrollo económico hoy en crisis. Las guerras en Centroamérica no tienen ni sombra de comparación con lo que es la guerra de Irán-Irak, con lo que es la guerra de Cam-puchea. Ni siquiera quiere llamarse guerra a lo que ocurre en Guatemala y en Nicaragua y se procura evitar la palabra y el concepto cuando se habla de lo que sucede en El Salvador, donde no obstante puede hablarse desde enero de 1981 de enfrentamiento de dos ejércitos cada vez mayores y mejor equipados, cuyas bajas en choques militares deben calcularse por miles, con toda probabilidad más de cinco mil. No es pues la guerra en sí, ni la paz como ausencia de guerra lo que está en juego en Centroamérica. Y es que la guerra podrá ser ausencia de paz, pero la paz no es meramente ausencia de guerra.

Lo que está en juego en el ámbito centroamericano es algo que tiene que ver directamente con la verdad de la historia. Centroamérica, especialmente los cuatro países antes nombrados, expresa durante estos últimos cinco años lo que es el orden económico y político mundial, lo que es también el ordenamiento cultural. Centroamérica es resultado directo de ese orden y de este ordenamiento. Por eso buena parte del mundo

siente su pulso agitado porque la violencia del volcán centroamericano ha sido gestada en las coordenadas de un orden internacional, del que son responsables los países poderosos y dominantes. A veces suele decirse que en Centroamérica lo que se da es un enfrentamiento de los dos bloques: el del este y el del oeste; a veces se corrige esa perspectiva diciendo que lo que se da en Centroamérica es el enfrentamiento de otros dos bloques de distinta índole: el del norte y el del sur. Sin negar que esto se dé y, sobre todo, sin negar que los conflictos centroamericanos tienen mucho que ver con el entrecruzamiento de los dos conflictos, el del norte-sur y de este-oeste, debe decirse que la naturaleza de esos conflictos no queda bien descrito con esa cuádruple polarización. Evidentemente tiene ésta mucha parte en la gravedad de la situación, sobre todo en el modo en que se presenta coyunturalmente esa gravedad. Pero esa cuádruple polarización produce sus efectos nefastos sobre todo el mundo, aunque de distinta forma.

Esa distinta forma cobra especiales características en la región centroamericana al darse en ella una multiplicidad de casualidades, de acciones y reacciones.

En primer lugar, nos encontramos en Centroamérica con una de las regiones del mundo de un muy bajo desarrollo económico y de una escandalosa desigualdad entre los pocos que tienen mucho y los muchos que apenas tienen nada. No es esto algo exclusivo de Centroamérica y dentro de la región hay países como Panamá y Costa Rica donde la situación no es extremadamente grave. Pero sí es una peculiaridad que este fenómeno se dé a muy poca distancia del país más rico del mundo. Poco más de dos horas de vuelo separan a los países norteros de la región de Miami, Nueva Orleans o Houston. ¿Cómo es posible entonces que Estados Unidos y el capitalismo norteamericano puedan limitar geográficamente con zonas, en las que también viven hombres, en las que también habitan ciudadanos en principio libres y que, sin embargo, viven en proximidad a la miseria más denigrante y en flagrante desigualdad con quienes en principio son iguales ciudadanos del mundo y como beneficiarios de la civilización occidental según lo proclama la ideología dominante? La contrapo-

**La contraposición riqueza-pobreza, poder-impotencia se da directamente entre el país más rico y poderoso de la tierra y sus más próximos vecinos que se encuentran entre los más pobres e impotentes.**

sición riqueza-pobreza, poder-impotencia se da directamente entre el país más rico y poderoso de la tierra y sus más próximos vecinos que se cuentan entre los más pobres y más impotentes. Esta misma relación se interioriza en cada uno de los países. Es de todos conocidos como a pocas cuadras de las mansiones más deslumbrantes se apiñan en las quebradas las champas más miserables, carentes de las mínimas facilidades para llevar una vida humana en pleno siglo veinte. Por uno y otro capítulo, el de la flagrante y clamorosa desigualdad de las naciones centroamericanas frente a su vecino norteamericano y el de la asimismo flagrante y clamorosa desigualdad de los ricos centroamericanos frente a sus más próximos conciudadanos —dos fenómenos estrechamente relacionados entre sí—, Centroamérica ofrece la peculiaridad de presentar al desnudo las consecuencias del sistema capitalista y de lo que —oh vergüenza— se llama civilización occidental cristiana. He ahí una de las razones que hacen de la situación centroamericana un lugar verificante de la historia, un lugar en que la historia dice su verdad más allá de los discursos ideológicos que magnifican el desarrollo y la libertad, sin mirar en el envés de la historia qué son ese desarrollo y esa libertad.

En segundo lugar, nos encontramos hoy en varios países de Centroamérica con una enérgica respuesta popular a esta situación de injusticia, de violencia y de muerte. Una respuesta que en Nicaragua dio como resultado el desalojo del poder político y económico de las clases capitalistas dominantes y de los representantes oficiales del imperio. Una respuesta que en El Salvador ha obligado a una masiva intervención norteamericana para impedir el triunfo militar de unas organizaciones político-militares que hace cinco años apenas eran todavía nada y que hoy ponen en muy serias dificultades al gobierno salvadoreño, ayudado de manera desproporcionada y en forma claramente intervencionista por la Administración Reagan. Una respuesta que en Guatemala ha tenido diversos avatares con movimientos populares aplastados y nuevamente renacidos, que mantienen una lucha desigual contra un fuerte aparato de Estado. Mientras tanto, en Honduras no se ha dado todavía respuesta violenta a la injusticia estructural, pero se ha dejado el territorio y la soberanía nacional en manos norteamericanas para poder mantener a raya tanto la posible protesta interior como a lo que en Nicaragua, Guatemala y El Salvador pueda ocurrir de contrario a los intereses norteamericanos.

■ 632 ESTUDIOS CENTROAMERICANOS (ECA)

El análisis de esas respuestas no es fácil ni tampoco es fácil llegar a un acuerdo sobre su valoración. De todos modos no es ésta la ocasión de hacerlo. Lo importante, más allá de todo juicio de valor, es constatar el hecho y medir su importancia. Y tanto su carácter de hecho como su importancia parecen estar fuera de toda duda. Tanta importancia tiene el hecho que en ella está una de las razones de la aparentemente inexplicable atención que el mundo está dando al caso centroamericano. ¿Cómo es posible que a las puertas del imperio norteamericano surjan unos movimientos populares, capaces de obligar a sus dirigentes a poner gran parte de su atención política en hombres y grupos que parecen arrancados de la tierra y que repiten la increíble hazaña de David contra Goliath? ¿De dónde sale la fuerza, la visión, la indomable esperanza, la locura podríamos decir, con que unos miles de hombres, mal alimentados, poco instruidos, hacen frente a unos contrarios mejor equipados que ellos en el interior del propio país y desigualmente superiores en lo material fuera de las propias fronteras? Explicar este fenómeno complejo con el argumento simplista de que todo el poder del movimiento revolucionario proviene del impulso y de la ayuda cubano-soviética es magnificar en exceso lo que la Unión Soviética y Cuba pueden hacer frente a lo poco que podría Estados Unidos y es minimizar sin realismo alguno lo que de fuerza y potencia tienen los movimientos populares, surgidos como respuesta a una intolerable situación de injusticia. Tampoco conviene irse demasiado rápidamente por explicaciones "místicas" o "religiosas" del tipo de "la guerra del fin del mundo" o del tipo de las acusaciones que se hacen a cristianos comprometidos como causantes principales de los intentos de revolución centroamericana; hay, en efecto, una clara racionalidad, un sopesado medir de objetivos y de medios que hacen de la "increíble" hazaña de estos pueblos un asunto no sólo creíble, sino pensable.

En tercer lugar, está la respuesta a la lucha popular. Esta respuesta tiene dos nombres: guerra y represión. No queremos insistir en los aspectos de la guerra, porque no es la guerra en Centroamérica la que viola más el estatuto de la paz; lo que más viola ese estatuto es la represión. Las víctimas de la guerra —de un lado y de otro— no son las más numerosas y se han producido con las armas en la mano. Habrá que superar la guerra misma, pero en el caso de Centroamérica es más importante y radical superar la violencia de la represión y del terror, el verdade-

**Centroamérica ofrece la peculiaridad de presentar al desnudo las consecuencias del sistema capitalista y de lo que se llama civilización occidental cristiana.**

ro y auténtico terrorismo. No es exagerado decir que superan con creces los cien mil asesinados por los diversos caminos de la represión en el área centroamericana en los últimos diez años; sólo en El Salvador desde enero de 1980 a abril de 1983 pueden contarse 35.000 asesinados y eso que no es posible contar todos los muertos. Estos muertos son civiles indefensos en su mayor parte ultimados por miembros de la Fuerza Armada y por grupos paramilitares oficialmente reconocidos; sólo una parte de ellos puede atribuirse a escuadrones de la muerte, los cuales a su vez no actúan con total independencia de algunos sectores de la Fuerza Armada. Es quizá esta bárbara represión terrorista, aterrizadora, lo que llama la atención y lo que pone en tensión al mundo entero, porque no sólo se comete en un escenario muy próximo a la sensibilidad occidental, sino que se comete por quienes son ayudados directamente por Estados Unidos para combatir al comunismo y para reafirmar su propia seguridad. La presencia de Estados Unidos en la violencia de Centroamérica muestra hasta dónde es capaz de llegar el sistema norteamericano de vida en nuestros mismos días —y no en un remoto pasado donde parecía que no importaban mucho los derechos humanos— para asegurarse hegemónicamente. Se dirá que la ayuda norteamericana está condicionada a la certificación de mejora en el respeto a los derechos humanos. Pero esta certificación que demuestra la buena voluntad del pueblo norteamericano, reflejada en la voz de sus representantes en el Congreso tiene dos limitaciones cuando pasa a manos de la Administración: la ayuda se sigue dando sea cual sea la medida de la violación de los derechos humanos, porque lo decisivo es que no lleguen al poder movimientos revolucionarios, y alguna forma de terror es necesaria para impedir que esos movimientos puedan alistar nuevos simpatizantes. Por comisión o por omisión Estados Unidos, como cabeza visible del mundo occidental, lejos de terminar con el terror y la violencia —más allá y fuera de la guerra estrictamente tal—, hace que uno y otra sigan vigentes e imperantes.



También hay en el otro bando —más allá de las acciones de guerra en las que debe quedar incluido el sabotaje sistemático— brotes de terrorismo. Los hubo en el arranque de la lucha y los ha seguido habiendo. Pero desde luego, hay que afirmar taxativamente que ni en cantidad ni en cualidad admiten comparación un caso y otro. Habrá que denunciar las limitadas formas de terror que puedan cometer los movimientos revolucionarios, porque el terrorismo es malo venga de donde venga, pero sería hipócrita comparar uno con otro y más el justificar el masivo terrorismo de unos con el de los otros. Aunque las acciones y reacciones de los dos contrarios principales en contienda explican algunos de los comportamientos que se dan en ella, es necesario no equiparar pretextualmente comportamientos de alguna semejanza, pero cuya realidad por la cantidad, la cualidad, el modo, el contexto y el sentido es muy distinta.

En cuarto lugar, está la orientación que sustenta a las fuerzas en lucha. Tras los que defienden el orden establecido y cualquier forma de

violencia, incluida la represión masiva, cruel y terrorista, está el capitalismo y, lo que es peor, la llamada civilización occidental democrática y cristiana. Tras los que defienden la causa de los oprimidos y explotados y buscan una revolución que establezca la justicia, está el marxismo. El problema es sin duda más complejo que esto, pero la formulación no deja de apuntar a algo real. Ciertamente son muchos e importantes los países democráticos y occidentales que no sostienen a los que hoy detentan el poder en Guatemala y en El Salvador; hay también partes importantes de la Iglesia que denuncian sus abusos y aun han hablado del derecho a la insurrección. Igualmente hay países y movimientos democráticos que de un modo o de otro favorecen a quienes luchan por cambiar el actual orden social. Pero la afirmación mantiene, no obstante, su sentido y su importancia: el capitalismo está con las clases dominantes y el marxismo inspira a las fuerzas sociales rebeldes. Aun en el caso de Nicaragua es el marxismo el que desde el poder defiende la causa de las mayorías populares, mientras que es el capitalismo nacional e internacional el que busca un sistema que no tiene por objetivo inmediato y principal el bienestar y, lo que es más importante, la presencia en el poder de las mayorías oprimidas. Más que el problema del enfrentamiento este-oeste o el enfrentamiento norte-sur se trata aquí de un enfrentamiento de dos concepciones de la vida y de dos concepciones del Estado. Con el agravante, además, de que, mientras en un caso se trata de formas obsoletas y crueles de capitalismo, nos encontramos en el otro con la búsqueda de formas nuevas de marxismo, que superen sus vicios atávicos de burocratismo, totalitarismo y dogmatismo. Tal vez puede acusarse a la interpretación que acabamos de insinuar de idealista y aun de simplista. Pero lo que pretendemos con ella es proponer un problema más que dar una solución, una solución a la que tal vez la "cooperación iberoamericana" podría contribuir. Y el problema básico es que formas de vida y de gobierno que llevan consigo cuotas enormes de destrucción y de muerte no sólo deslegitiman un determinado capitalismo, sino que impulsan a buscar, en un sistema contrario a él, los caminos del cambio social. Se

ve como imprescindible no un cambio en el sistema, sino un cambio de sistema.

Estas son algunas de las peculiaridades del problema centroamericano que plantean la cuestión de la paz en términos por un lado muy fáciles de proponer, pero por otro muy difíciles de resolver.

Decir que en Centroamérica —sobre todo, en Guatemala y El Salvador, pero también desde otro ángulo en Nicaragua y Honduras— no hay paz significa ante todo, no que hay guerra, sino que hay pobreza, injusticia estructural, violencia represiva, intervencionismo extranjero, muerte en definitiva. No es, pues, el problema fundamental cómo terminar con la guerra; podría terminarse con ella y no se habría conseguido, sin embargo, la paz. Esta es la enorme equivocación que cometen quienes hacen de la solución militar la salida fundamental de la crisis. Aunque a corta distancia es imposible la salida sin que se acallen los instrumentos de la muerte, éstos no se reducen a los fusiles y a las balas. Tal vez pueda decirse que sólo la revolución armada ha hecho posible la negociación entre las clases sociales contrapuestas, pues de lo contrario una de ellas no se hubiera abierto a mediano plazo a las vías de una mayor justicia. En El Salvador fueron las primeras sacudidas de los movimientos populares todavía apenas armados las que obligaron a poner en marcha reformas, sobre el papel, importantes; esas movilizaciones revolucionarias fueron reprimidas violentamente y esto precipitó el recurso a la vía armada. Sin el sandinismo armado Somoza no hubiera dejado el poder; sin los movimientos populares armados El Salvador seguiría sin enfrentar lo que es en definitiva su propio problema nacional; el aplastamiento de anteriores movimientos revolucionarios en Guatemala dio, sin embargo, como resultado un endurecimiento de la represión para que no se volviera a repetir lo que acabó repitiéndose. Por toda América Latina han fracasado revoluciones en los últimos veinte años; sólo la nicaragüense ha triunfado, pero hoy se ve sometida a un cerco de estrangulamiento. Pero, ¿por qué tantas revoluciones? Todos sabemos por qué. Por un orden social estructuralmente injusto que no se ve có-

**Hay que buscar soluciones iberoamericanas para el problema centroamericano precisamente cuando las soluciones foráneas están haciendo cada vez más difícil la solución. Urge la respuesta, urge la efectividad más allá de las declaraciones retóricas de solidaridad.**

mo corregirlo. Quizá la respuesta revolucionaria no se haya ajustado a la correlación de fuerzas, pero su multiplicación incesante deja abierto el problema de la paz, que no es otro que el de encontrar un sistema y unos hombres que junten la justicia con la libertad en el nivel histórico correspondiente, porque esa unidad de justicia y libertad tiene diversa proporción y diversos modos de realización cuando la situación vital de las mayorías nacionales se encuentra bajo niveles de subsistencia que cuando se encuentran con las necesidades básicas satisfechas.

En conclusión la paz en Centroamérica es un desafío histórico en la hora actual. Algo muy grave está pasando en estos países no sólo para ellos mismos y para la región como un todo, sino para una buena parte de la humanidad, que se ha sentido conmovida por años ya interminables de terror sanguinario y salvaje, pero que se ha sentido también preocupada por lo que está sucediendo en esta parte de América más allá de lo que permiten ver las apariencias. Repetimos una vez más que no se trata meramente de una guerra que puede complicarse más, profundizarse y extenderse hasta poner en conmoción a los países vecinos. Con ser esto muy grave, lo que está sucediendo es todavía más importante. Se trata de pueblos que se debaten por su liberación y han sido capaces de levantarse con una fuerza insospechada hace unos pocos años. El fenómeno tiene hondos alcances y pone en juego discusiones teóricas de alto rango y obliga a decisiones y a tomas de acción, que pueden hasta llegar a abrir nuevos cauces a países del mismo tipo que los centroamericanos. El desafío está ahí e interpela con fuerza especial a la comunidad iberoamericana de naciones a la que pertenecen plenamente los pueblos y las naciones de Centroamérica.

## **2. La comunidad iberoamericana y la paz en Centroamérica**

Centroamérica representa en más de un sentido uno de los límites de la comunidad iberoamericana. Ciertamente está protegida por el norte por la gran nación mexicana y se enlaza por el sur con todo el continente sudamericano. Pero por sus especiales características de ser un conjunto no armónico de naciones pequeñas, por ser considerada muy particularmente como patio trasero de Estados Unidos y por el caso-límite que representan algunas de sus naciones en cuan-

to a estructura social y en cuanto a efervescencia revolucionaria, bien puede decirse que es uno de los límites de la comunidad iberoamericana. Por otro lado, el peso de las naciones bolivarianas y sanmartinianas, por no decir la gigantesca presencia brasileña, ha hecho que los problemas centroamericanos no hayan sido muy especialmente considerados al pensarse en Latinoamérica. Esto ha hecho que el peso de los Estados Unidos, de una gravedad casi irresistible sobre toda América Latina, se haya convertido en el caso centroamericano en algo que raya con lo colonial. Los casos históricos de Panamá y de Nicaragua hoy afortunadamente superados en buena parte tanto por la recuperación del canal como por la implantación del régimen sandinista son uno de tantos y graves precedentes de lo que hoy es la presencia de Estados Unidos sobre todo en Honduras y en El Salvador, no sólo a nivel de las transnacionales y de la dependencia mercantil, sino sobre todo en razón de la injerencia política y a través de ella de la injerencia cultural, si entendemos que el tener fuera de la propia nacionalidad el centro de decisiones fundamentales acaba haciendo imposible que un pueblo se convierta realmente en un pueblo que se autodetermina y busca aquellas formas de vida que van a configurar en gran medida su propio ethos vital y cultural.

Centroamérica es hoy, sobre todo en su configuración política y económica, un lugar iberoamericano donde la presencia y la injerencia norteamericanas son más grandes. No se trata de un influjo cultural directo. Aunque las pautas consumistas exportadas por las mercancías y por los medios de comunicación causan su efecto, todavía las grandes masas populares apenas han entrado en el circuito consumista de productos y patrones culturales, a los cuales no tienen acceso directo. El influjo determinante norteamericano se da a la hora de poner límites a la autodeterminación de los pueblos centroamericanos, de poner límites a la soberanía nacional. Estados Unidos tiende a permitir tan sólo aquellas políticas generales en lo económico, en lo militar, en la estructuración social, en las relaciones internacionales, etc., que no pongan en litigio no sólo su hegemonía hemisférica, sino incluso intereses menores y aun su propio prestigio nacional. Tal es el caso de El Salvador y de Honduras y en menor medida tal es el caso de Costa Rica. Sólo Nicaragua y en alguna medida menor Guatemala y Panamá hacen resistencia a esta intromisión norteamericana.

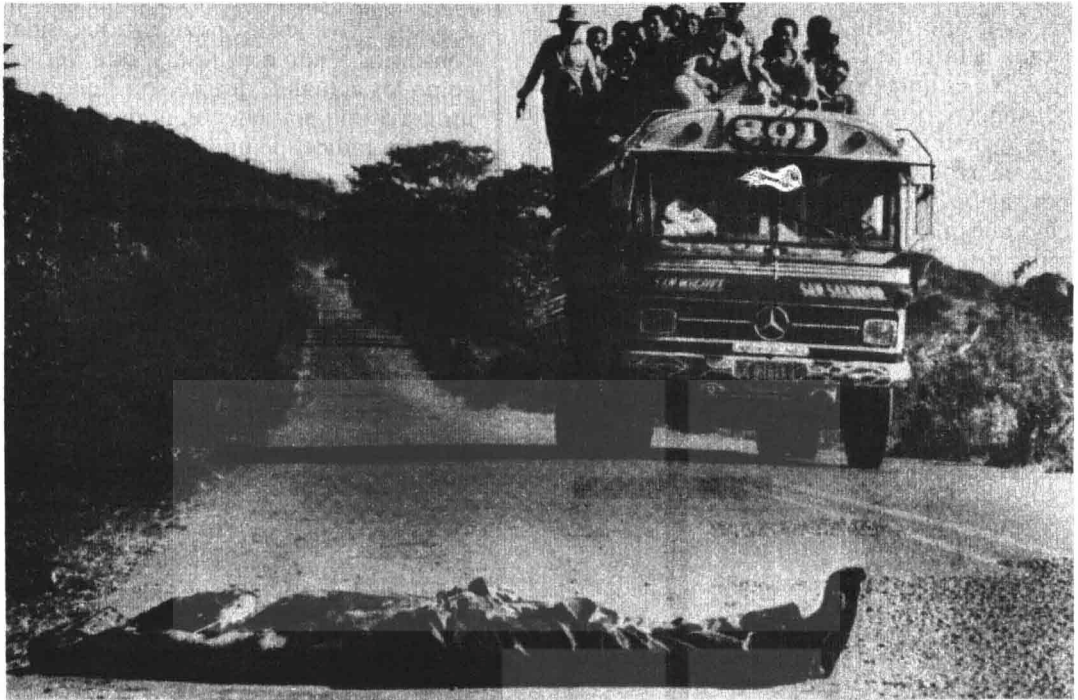
Esta gravísima y prolongada intromisión puede traer como consecuencia directa el buscar otro tipo de intromisión, que pueda hacer resistencia a aquélla. Lo cual, por un lado, puede llevar a la corta a un endurecimiento del conflicto y de la crisis, pero por otro, puede llevar a una seria "desnaturalización" y a una nueva forma de colonización, que desgajaría a las naciones centroamericanas de la comunidad iberoamericana. Toca, por consiguiente, a ésta hacer todo lo posible porque esto no ocurra. La comunidad iberoamericana como un todo debe ponerse en marcha para impedirlo con el doble propósito de lograr una verdadera paz en el área y de lograr una solución justa que responda realmente a las necesidades objetivas y a la idiosincrasia subjetiva de los pueblos centroamericanos. Reside aquí uno de los grandes desafíos, uno de los más urgentes desafíos lanzados a la comunidad iberoamericana de pueblos y de naciones. Esta respuesta que no fue posible en el caso de las Malvinas debe hacerse posible en el caso de Centroamérica. Hay que buscar soluciones iberoamericanas para el problema centroamericano, precisamente ahora cuando soluciones foráneas están haciendo cada vez más difícil la solución. Urge la respuesta, urge la efectividad más allá de las declaraciones retóricas de solidaridad. ¿Cómo hacerlo?

Ante todo, el conjunto de la comunidad iberoamericana de fuerzas sociales, de pueblos y naciones debe tomar cuenta cabal del caso-límite en tantos sentidos que constituye hoy el área centroamericana, pero también de la importancia que esa situación y su justa solución tienen para toda nuestra comunidad de naciones. Las razones aducidas en la primera parte de esta ponencia justifican esta prioridad. Aun tratándose de un problema político, económico y militar que interesa a todos, es mucho más que eso: es un problema de humanidad y también un problema de latinoamericanidad. Son vidas humanas las que están en juego, son modos de comportamiento cultural, son incluso proyectos históricos nuevos que están germinando en lo que debería ser el subcontinente de la novedad histórica, dadas sus peculiares condiciones. En Centroamérica no sólo está en peligro la paz; está también en peligro el ser o no ser de unos pueblos, el ser o no ser de una cultura, el hacer un modelo de vida y libertad frente al modelo dominante de muerte y opresión. Por eso decía anteriormente que es éste uno de los grandes problemas de nuestro tiempo, para el que no hay respuestas hechas ni desde la

ideología capitalista ni desde la ideología marxista-leninista, ni desde los modelos históricos del capitalismo ni desde los modelos históricos del comunismo. Hay que inventar otra cosa desde lo que ya hay y desde lo que se ofrece, pero lo inventado ha de ser nuevo. El reconocer la importancia del caso centroamericano lleva consigo la decisión de actuar pronto y profundamente, pero también el compromiso de laborar más pacientemente en la búsqueda de un nuevo modelo de convivencia, de sociedad y de Estado.

Pero el proponer tan sólo metas utópicas podrían dejar las cosas como están. Y las cosas no pueden seguir como están ni un momento más. Urge iniciar el cambio de rumbo. La urgencia está dada por la necesidad de terminar con la guerra, porque es a través de la guerra y con el pretexto de ella por donde entra la muerte, la represión, la destrucción y el intervencionismo foráneo. Hoy es Estados Unidos quien dicta las políticas del área, a las cuales no pueden hacer frente las naciones centroamericanas divididas además y contrapuestas entre sí. Hace falta un bloque de naciones iberoamericanas que haga contrapeso a esta presencia especialmente foránea de Estados Unidos y eventualmente a la presencia de otra potencia extracontinental. El caso de las Malvinas ha dejado en evidencia que Estados Unidos mira por sí y por la alianza de los países noroccidentales mucho más de lo que mira por América Latina y por los intereses autónomamente latinoamericanos; ese mismo caso demuestra que se pueden superar diferencias ideológicas y aun diferencias de sistemas políticos, cuando está en juego el destino independiente y solidario de América Latina. El caso de Centroamérica puede ser semejante. Hay que dejar de lado diferencias ideológicas, hay que dejar de lado diferencias de régimen político. Primero aseguremos que América Latina es de los latinoamericanos y después dejemos a cada uno de sus pueblos elegir su propio destino y vivir lo más plenamente su soberanía. Hoy Estados Unidos quiere de hecho la guerra como solución del conflicto centroamericano y se resiste al diálogo con Nicaragua y no deja que se dé un diálogo y una negociación entre las partes en conflicto en El Salvador. Para ellos lo importante es su seguridad nacional y el total dominio sobre el área vecina, sobre todo si en ella puede entrar el influjo cubano soviético. Para nosotros lo importante debe ser la paz, uno de cuyos ingredientes es la finalización negociada de la guerra y el arreglo negociado de los diferendos.





### **Es un problema de humanidad y también un problema de latinoamericanidad.**

En esta línea se han puesto últimamente las naciones integrantes del grupo de Contadora: Panamá, México, Venezuela y Colombia; en esta línea el canciller mexicano Sepúlveda se ha expresado delante del secretario de Estado norteamericano Schultz. Como era natural ambos han mantenido posiciones fuertemente divergentes. Es importante por tanto que otros países iberoamericanos respalden a los iniciadores del grupo de Contadora. Podrían hacerlo los países andinos para acompañar a Colombia y Venezuela; podría hacerlo la República Dominicana; podría hacerlo Brasil poniendo su propio peso específico frente al coloso norteamericano. Podría hacerlo España en cuanto quiere ser un miembro de la comunidad iberoamericana. Pero además de los Estados Unidos deben alistarse en la misma empresa distintas fuerzas sociales: sindicatos, iglesias, universidades y entidades culturales, grupos de intelectuales y artistas, movimientos populares, partidos políticos... Es transcendental que muchas voces inequívocamente democráticas hagan sentir su preocupación por el caso centroamericano y exijan el que salgan de ese campo las fuerzas no iberoamericanas y el que por el camino de la negociación se encuentre una salida

pronta a la guerra, a la represión y a la destrucción. Con ello se lograrán dos cosas: por un lado, neutralizar a la Administración Reagan como agente principal en la dirección del drama centroamericano; por otro lado, demostrar que países y fuerzas democráticas proponen una solución razonable, que de ningún modo ha de considerarse como propia de la subversión y del comunismo internacional. No es que se quiera sustituir la intervención de unos por la intervención de otros; se quiere más bien detener la flagrante intervención de unos por la presencia de países realmente amigos, realmente iberoamericanos. Hay que rescatar a Centroamérica del traspaso norteamericano. Tarea utópica, pero tarea justa. La cultura centroamericana, la idiosincrasia de sus pueblos, sus posibilidades objetivas de vida nada tienen que ver con la cultura, la idiosincrasia y las posibilidades de la nación estadounidense. Que ellos sigan su camino y que nos dejen a nosotros seguir el nuestro.

No debe quedarse, sin embargo, aquí la cooperación iberoamericana. Decíamos antes que la paz en Centroamérica no supone exclusivamente la ausencia de guerra. Terminada la guerra hay que empezar a construir la paz. Por todas las

razones hasta aquí aludidas debería constituirse en lugar prioritario de la cooperación iberoamericana la tarea de construir la paz en Centroamérica. No es quizá una zona de espléndido futuro económico, pero quizá por ello mismo no son sumas gigantescas ni esquemas complejíssimos los que se requieren para sacar a la zona de su postración. Pero esta tarea no debe acometerse para que la zona no caiga en manos del comunismo, perspectiva que distorsiona toda sana política de cooperación, sino para que sea ella misma, para que encuentre su modo propio de regirse y de gobernarse. La cooperación iberoamericana podría tal vez sustituir al proyecto regañiano de ayuda a Centroamérica y a la cuenca del Caribe; no es que deban rechazarse ayudas, lo que no debe permitirse es que tras la ayuda venga la argolla de la esclavitud o de la dependencia casi absoluta. Hoy muchos países latinoamericanos, casi ahogados por la deuda externa, no están en la mejor disposición para reafirmar su independencia política y para prestar ayuda que a ellos les es tan necesaria. Pero algo debe hacerse. De lo contrario, la autonomía y la soberanía serán ilusorias, sueños de intelectuales y artistas, pero no realidades.

El desafío del desarrollo y liberación de Centroamérica puede abrir nuevas rutas a lo que puede y debe ser el desarrollo y liberación de muchos países con recursos similares. Es absurdo pretender para nuestros países centroamericanos el tipo de desarrollo en el que han puesto su gloria y su contento los países noroccidentales, que con frecuencia tienen tanto y son tan poco. Hay que buscar un nuevo tipo de desarrollo y más profundamente un nuevo tipo de civilización, que con orgullo podrá llamarse civilización de la pobreza, ahora que la civilización de la riqueza ha mostrado sus entrañas destructoras de la naturaleza, de la paz, de la convivencia social, de la humana. El espíritu puede sublevarse otra vez contra la materia y el alma de los pueblos, puede hacerlo contra la imposición de valores que lejos de humanizar hacen del hombre lobo para el hombre y de cada uno de los hombres un pozo de hastío o de frenesí. Hay aquí un gigantesco desafío cultural, que no surge de una huida de la realidad, sino de una respuesta a lo que son las condiciones objetivas de la realidad que nos ha tocado vivir. Por el camino del tener más y del consumir más se va a la hastiante y nerviosa abundancia de unos pocos frente a la miseria y destrucción de los más. Es necesario cambiar de ruta, convertirse personal y socialmente. Y esto o

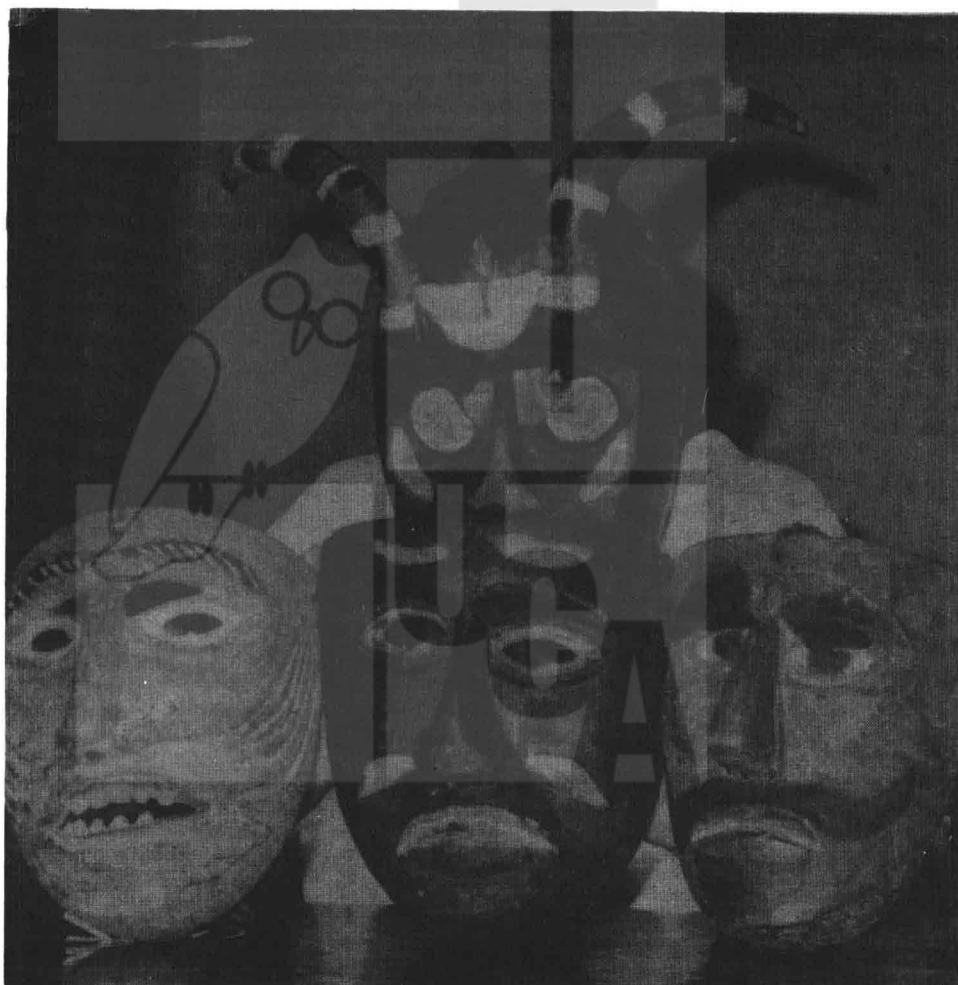
se logra en Centroamérica o Centroamérica no es a la larga viable. Es, pues, una necesidad. De lo contrario, tendremos una y otra vez conflictos como los actuales, que no son sino explosión de un gravísimo mal latente, al que hay que buscar remedio radical de una vez por todas. Pequeñas variaciones sobre lo mismo no podrán lograr aquella revolución necesaria, que no se debe caracterizar por su violencia, sino por su radicalidad. Hay que volver a buscar las raíces, unas raíces que hay que redescubrir porque siguen hundidas y vivas en la tierra nutricia de nuestros pueblos y son las que posibilitarán futuros inéditos, que no pueden ni siquiera soñarse porque tienen aún que brotar.

En esta línea con todos sus problemas hay que situar a la revolución sandinista, que si tal vez ha ido a refugiarse demasiado pronto en esquemas de alguna manera foráneos, sigue siendo un proyecto nuevo hecho de cara a las mayorías populares y en busca de un modelo distinto de democracia. En esta misma línea deben colocarse las sacudidas de los movimientos indígenas de Guatemala que buscan el ser señores de sí mismos y de su tierra frente a quienes les despojan de su ser y de su suelo. También los movimientos revolucionarios salvadoreños, que sin duda no han alcanzado todavía madurez e identidad en gran parte por la presión represiva a la que son sometidos, pero que buscan fórmulas nuevas para dar el poder al pueblo y no sólo al ciudadano electoralista. A este nuevo modo de civilización apuntaba asimismo el profeta de El Salvador, Monseñor Romero, que veía claras las injusticias a que el sistema sometía al pueblo y entreveía nuevas jornadas donde se hermanasen los hombres y viviesen solidariamente en pobreza, pero con dignidad la justicia y la libertad. Son muchos los intentos para no suponer que la necesidad está ahí y que la posibilidad de satisfacerla también. Cabe sospechar que tanto dolor apunta a un momento auroral, propiamente resurreccional, de creación. Hay que crear nuevos sistemas y nuevos hombres; hay que crear nuevas pautas de comportamiento; hay que crear nuevos valores; hay que hacer una nueva cultura. No es que se olvide ni el pasado ni el presente, pero presente y pasado son tan oscuros, han gestado tan malos productos, que la esperanza se hace una necesidad y lo que en un primer momento se presenta como dialéctica negativa no lo es porque está arrastrada por un impulso creador. No se trata, por tanto, de pasarse de un sistema a otro; por loco que parezca, por largo que se fie, hay

que emprender la tarea histórica de generar un sistema nuevo, que responda a necesidades nuestras y de muchos países del Tercer Mundo. No se tratará probablemente de ningún sistema intermedio entre los dos hoy predominantes; no es cuestión de buscar medios entre dos extremos, porque esa medialidad llevará consigo los males de los dos extremos, precisamente porque éstos se mueven dentro de una unidad que es la que permite hablar de contrarios y de medios. Esa unidad es la que se ha demostrado muy eficaz a la hora de crear formas de poder y de dominación, pero con ellas ha creado formas ingentes de privación y de miseria. Evidentemente, no todo es malo en el aporte de la modernidad a la historia ni hay que echarlo todo por la borda. Pero al-

gunas de esas cosas buenas sólo mostrarán y darán todo su potencial benéfico cuando sean incorporadas en un sistema distinto, en una estructura renovada, que se sirva positivamente de esos logros y que les dé a estos una realidad y un sentido que hoy pierden puestos al servicio de sistemas injustos.

¿Estará la comunidad iberoamericana de naciones dispuesta a emprender una revolución histórica, su propia revolución? Los signos no son muy alentadores. Tras la adscripción a la llamada civilización cristiana occidental así como tras el repudio a formas marxistas de Estado se esconde una devoción incontenible a los valores y a las ventajas del capitalismo liberal. De éste, sin embargo, ha de decirse que ni es cristiano ni es



**La cultura centroamericana nada tiene que ver con la cultura de EE.UU.  
Que ellos sigan su camino y nos dejen a nosotros seguir el nuestro.**

latinoamericano; más aún que ha triturado los valores cristianos y ha destrozado a los pueblos latinoamericanos. Pero no por ello la solución está en mirar hacia atrás y en volver a un pasado que ya no es posible revivir. Los sueños precolumbinos son divagaciones sin realidad. La solución está en un futuro que todavía no sabemos como será, pero por el cual ha de comenzarse ya a trabajar. Eso es lo que están haciendo movimientos populares de toda índole que no deben permitir ser manipulados por intereses foráneos o por sistemas dogmáticos; eso es lo que han venido haciendo muchos de nuestros artistas; por eso han clamado algunos de nuestros visionarios. Que hoy no sea posible llevarlo a la práctica, no obsta para que pueda ser la meta última de las aspiraciones y de los trabajos de la comunidad iberoamericana de naciones. Nuestro ideal no pueden ser las democracias occidentales que sólo pueden sostener su libertad y su afluencia con la servidumbre y la pobreza de grandes partes de la humanidad; nuestro ideal tampoco puede ser el de las democracias socialistas sustentadas en presuntas dictaduras del proletariado y que han contribuido también a la servidumbre y a la pobreza de millones de hombres. Ambos sistemas, uno por razones económicas y otro por razones políticas tienen sobre su historia demasiados muertos como para servir de ideal.

Todo ello puede empezar a emprenderse en esta región de América Latina que llamamos Centroamérica. En ningún sitio es más urgente y tal vez —permítasenos soñar— en ningún lugar es tan posible. Pero mientras esta nueva civilización se va gestando, es menester que la comunidad iberoamericana de naciones ponga sus ojos y sus esfuerzos en el área centroamericana para hacer posible la paz. Esa paz que comenzará con la finalización de la represión, con el término de la guerra, y que debería continuar con un desarrollo económico integral más preocupado por la satisfacción de las necesidades básicas que por una rápida acumulación de recursos económicos, que debería continuar también con un desarrollo político-social más preocupado por hacer autor de su propio destino al pueblo entero que por imitar sistemas democráticos o totalitarios traídos de otras partes y no acomodados al actual desarrollo de la conciencia popular o a la idiosincrasia de nuestros pueblos. Si algo de esto se logra y se logra pronto, la comunidad iberoamericana de naciones habrá demostrado su capacidad y su misión histórica; si no lo logra, al menos en alguna medida, es mejor abandonar las palabras y desengañarse de una vez por todas. Y, sin embargo, la comunidad iberoamericana puede hacerlo. Esperemos que lo haga. Pero para que la esperanza sea larga sería bueno que la espera fuera corta.

**San Salvador, 21 de abril, 1983.**